

VISITANTES INDESEADOS

Seudónimo: HÉCTOR

Categoría no afiliado

Jara puteó en voz alta y golpeó la vieja radio contra la mesa, cesando las explicaciones del relator desde el hipódromo. Otro dato fallado en los burros. Inspiró profundamente y recapituló: Torres aceptó su pedido de pagarle los dos meses de pensión juntos hoy, sábado, y él había cobrado la quincena al mediodía. Pero...el gaita Ramón le había pasado unas fijas imperdibles, según él. Ya estamos cobrando, Jarita, fue el argumento decisivo. La tentación era irresistible, y Jara hizo las apuestas. Y a la hora de salida llegaron unos acreedores inesperados, puta madre, y tuvo que pagarles. Y la plata que le quedó no le alcanzaba para los dos meses juntos. Torres tenía el físico pesado y la paciencia liviana. Recordó, estremeciéndose, que había echado a golpes a dos borrachos que no le pagaron.

Carmen, pensó de pronto. Seguramente traería plata de la casa de su madre. Pero tendría que decirle de las apuestas y el enojo de Carmen era tan temible como la ira de Torres.

Si pudiera salir de la pensión... Carmen regresaría, le pagaría a Torres y podría inventar alguna excusa. Pero no podía salir. Sin duda Torres lo vería salir. O su esposa, una matrona grande y fiera, y si no el Chino Peláez le avisaría. Adulón, mal vecino, iría a contarle a Torres de su huida.

Su cuarto estaba al final del pasillo y la única ventana daba al fondo de la pensión. Miró a través de los cristales, empañados por el aguacero que caía desde hacía dos o tres horas. Allí, en un enorme predio estaba la obra donde trabajaba Jara. En el centro un enorme pozo contenía los cimientos de un futuro rascacielos. La lluvia torrencial formaba canaletas hondas que desaguaban con un estruendo ensordecedor en el gigantesco foso arrastrando trozos de mampostería, bloques, ladrillos y escombros de relleno. Era imposible salir por la ventana, rodear el foso por una estrecha pasarela que lo circundaba, trepar al techo del vestuario y saltar a la calle. La caída era mortal de necesidad. Nadie encontraría el cuerpo, pensó, estremeciéndose, viendo como unos grandes bloques prefabricados lentamente se deslizaban hacia la fosa donde el lunes se volcarían toneladas de escombros.

Dondelcielo, imaginó. Su última apuesta en la última del día. Si gano, pago y nos vamos de esta pensión de mierda. Dos golpes secos en la puerta lo sobresaltaron.

Abrió y Torres entró sin pedir permiso. Su figura alta y amenazadora llenó el espacio de la puerta.

-Traje el recibo, Jara. ¿Tiene ahí la plata?

-Eh, sí, por acá, la tengo guardada -balbuceó desesperado, mirando en derredor.

-¿Tiene para pagar o no?- el tono de Torres era inequívocamente agresivo.

Jara pudo oler su propio miedo. Sintió el sudor le pegaba la camisa al cuerpo. Sin darse cuenta abrió la ventana.

-La escondí acá en una lata, espere -pasó un pie por el alféizar. Saltó y cayó de pie sobre el barro, agarrándose al marco de la ventana.

-¿Me estás tomando el pelo?, pero qué te creés, pichi de mierda, la puta que te parió - exclamó Torres y ante la aterrada mirada de Jara comenzó a trepar por la ventana. Jara levantó una lata que vio tirada, y trató de detenerlo:

-¡Mire! No está, le juro que tenía la plata acá...

-Ahora vas a ver lo que te pasa -. Torres saltó sobre el barro y avanzó hacia él. Sus puños parecían dos mazas. Jara retrocedió y cayó hacia atrás, con la espalda contra la pared. Torres lanzó un golpe que dio en el vacío y cayó sobre Jara. Los dos hombres forcejearon sobre el piso anegado. Torres intentó tomarlo del cuello mientras procuraba afirmar sus pies en el barro. Jara a su vez, quiso separar los brazos de Torres. Sus manos resbalaron y se aferró al cuello de la camisa de su rival, sintiendo cómo se rasgaba. Torres patinó y Jara aprovechó para recoger sus piernas y golpearlo en el vientre. Torres lanzó un grito ahogado y braceó desesperado mientras se deslizaba hacia atrás. Jara vio como el cuerpo grande y pesado tomaba velocidad arrastrado por el agua y caía al pozo. El estruendo del agua y de la lluvia ahogó el alarido del desdichado.

Jara entró, cerró la ventana y se dejó caer en el suelo de la habitación, recostado contra la pared. Sudaba y temblaba mientras trataba de pensar. No supo cuanto tiempo estuvo así hasta que dos nuevos golpes en la puerta lo trajeron de nuevo a la realidad.

Se paró y abrió, sin saber qué podría decir.

-¿No está Torres por acá?- la voz chillona y desagradable del Chino Peláez lo sobresaltó -. Lo vi entrar hace un rato y no lo veo ahora.

-No sé, le pagué y se fue - dijo Jara. Su propia voz le resultó rara.

-A ver -dijo el Chino. Tampoco pidió permiso -. Acá pasó algo -señaló, mirando a Jara. Éste se dio cuenta de su aspecto, empapado, lleno de barro, las marcas de lodo en la ventana.- Creo que voy a llamar a la policía.

-¡No! - gritó Jara.- Fíjese acá, mire esto.

El Chino se acercó desconfiado a la ventana.

-¿Qué quiere que vea?- preguntó. No llegó a percibir la radio enarbolada por Jara que lo golpeó en un costado de la cabeza, y cayó hacia adelante, con un gemido apagado. Jara lo sujetó antes que tocara el suelo y con un segundo golpe sintió que el cuerpo del intruso se desvanecía totalmente.

Esta vez Jara obró con rapidez y eficacia. Abrió la ventana, arrojó el cuerpo hacia afuera, saltó y lo pateó hacia el pozo. Rápidamente se deslizó por el barrial y cayó en el pozo. Entró y dejó la radio sobre la mesa y notó entonces un papel arrugado que tenía en el puño de la mano derecha, aún cerrado. Lo miró incrédulo. Era el recibo de alquiler, que había sacado sin querer del bolsillo de la camisa rasgada de Torres. Lo alisó, lo dejó sobre la mesa y corrió hacia el baño. Se desvistió rápidamente y entreveró su ropa con la ropa de la obra, también embarrada, en un latón lleno de agua. Se lavó apresuradamente, se puso un pantalón viejo, una camisa a cuadros de colores deslavados y unas chinelas y lavó la pared y el piso. Una voz lo asustó.

-¡Gran victoria de Dondelcielo! -anunciaba el locutor. Con los golpes, la radio volvía a funcionar y ahora con buenas noticias. Oyó de la voz, ahora simpática, del locutor, el increíble dividendo pagado por el caballo. Dondelcielo, grande carajo, pensó. Comenzó a hacer cálculos en el aire. Suficiente para irse, pagar un depósito y alquilar algo lejos de la pensión.

Tranquilo, se dijo. Acá tengo el recibo, le pagué y Torres se fue. ¿Del Chino? No sé nada. ¿Dónde están? Ni idea. Ahí no los encuentra nadie. Ya está. Nadie puede decirme nada.

Esta vez los golpes no lo sobresaltaron. Abrió sonriendo. ¡Qué noticia para Carmen!

-¿Dónde está mi marido?-preguntó la esposa de Torres. Su tono habitualmente amargo sonaba peor que de costumbre. Su figura pesada y amenazadora parecía llenar toda la habitación -. Vino hace un rato y no volvió.

Jara entrecerró los ojos y oyó su voz como desde muy, muy lejos.

-Pase, señora, pase. Fíjese acá en la ventana.